

El capitalismo global ha vuelto a sus orígenes

Análisis actual de la coyuntura latinoamericana y caribeña*

Élio Gasda

Facultad Jesuita, Belo Horizonte

Los orígenes de la catástrofe residen en el compromiso utópico del liberalismo económico de edificar un sistema de mercado regulador, una institución que no podría existir sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad (Karl Polany).

1. El capitalismo vuelve a sus orígenes

La finalidad del capitalismo nunca ha sido promocionar el bien común. Nunca ha sido luchar contra la pobreza. Nunca ha sido generar empleo, distribuir riquezas, pagar salarios justos o garantizar derechos sociales. No le preocupa asegurar la democracia. Por tanto, no podemos exigir del capitalismo lo que no puede ofrecer.

Estamos al comienzo de la etapa de consolidación de la forma más pura del capitalismo. El sistema se construyó sobre la teoría del *laissez faire* y la idea de que solo hay individuos. No hay sociedad. No hay bien común. El bien público tendría sentido si, efectivamente, hubiera sociedad. En la economía, como en la vida, cada uno persigue un objetivo, el cual puede ser el bien común o la acumulación ilimitada de riqueza (avaricia), haciendo del dinero la razón de la existencia. El capitalismo ha sustituido el principio del bien común por la lógica de la motivación exclusiva del beneficio.

Toda la actividad económica está dirigida a un objetivo: maximizar el beneficio. Bajo la apariencia de libertad, los gobiernos neoliberales alimentaron burbujas especulativas, declararon guerras, redujeron los beneficios sociales

* Ponencia leída en el III Congreso Continental de Teología Latinoamericana y Caribeña de Amerindia, San Salvador, El Salvador.

y, contrariamente al discurso de austeridad fiscal, generaron considerables déficits públicos. Invocaron la libertad para proteger sus economías e ignorar los acuerdos medioambientales. Estos gobiernos aseguraron el máximo para aquellos que ya poseían todo. Ofrecen el mínimo a los que no tienen nada. Maximizar la miseria para asegurar la máxima riqueza a un mínimo de privilegiados.

Con el apoyo de intelectuales, otorgaron un aura de “legitimidad” moral a la avaricia. Arrojaron al infierno a los desfavorecidos. Los ricos viven rodeados de muros y aparatos de seguridad privada. Mientras el resto de la población trabaja para sobrevivir y consumir las sobras. Cuando son pacíficos, los excluidos son abandonados. Cuando son violentos, están en la cárcel.

Existe una creciente incompatibilidad entre los ideales democráticos y el avance del capitalismo. Los países liberalizan sus economías para ser aceptados en el orden mundial. Renuncian a controlar sus políticas. Sus presupuestos son estrangulados por compromisos financieros. La impotencia de los gobiernos ha revelado el abismo entre el poder del sufragio y el del mercado.

El capitalismo ya no es lo que era hace tres décadas. Se centralizó de una forma nunca antes vista. La financiación del sistema expresa la nueva política económica, regida por los intereses del capital financiero. Es una estrategia. Gobiernan las finanzas, ya que el sistema está dominado por la lógica financiera. Unos pocos plutócratas sustituyeron la antigua “división internacional del trabajo”, basada en la contraposición centro-periferia, por una geografía financiera. Es una situación nueva. La economía de mercado, evocada por los economistas convencionales, ya no existe.

Desde el principio de la década de 1980, la ideología neoliberal se ha consolidado como guía de la reestructuración capitalista, mientras reducía drásticamente el poder político. En las décadas de 1980 y 1990, los gobiernos de Ronald Reagan, George Bush y Margaret Thatcher pusieron en marcha una lógica de opuestos: mínimo y máximo. Minimizar las regulaciones, los impuestos, los beneficios sociales, los derechos laborales, la educación y la salud pública. Maximizar las desigualdades, la concentración de la riqueza, la privatización, los aparatos represivos, la industria militar, los servicios de información y el espionaje.

Esta ola neoliberal llega a América Latina a finales de la década de 1980. En la actualidad, el capitalismo vive su mejor momento. Es un capitalismo de extremos: la sociedad de mercado llevada al extremo, a tal punto que el capital financiero controla el poder político, extrema concentración y desigualdad, explotación extrema del trabajo, corrupción extrema de la justicia y Estado de excepción extrema impuesto a los pobres.

2. Supuestos de la viabilidad del capitalismo extremo

El sistema no morirá de muerte natural (Walter Benjamin), porque se renueva, renace y se adapta para no perder *la seducción y la confianza*. El capitalismo está muy vivo en el sistema, la política, la economía, las actitudes y los comportamientos, el estilo de vida y la cultura. El individuo piensa de manera capitalista y lo legitima. Las subjetividades están tan colonizadas, que ya no piensan fuera del sistema capitalista.

La transición del capitalismo industrial productivo al capitalismo consumista y financiero exigió cambiar el modo de colonizar las subjetividades: el consumo, la tecnología, la tarjeta de crédito, etc. Esas formas de persuasión despiertan el deseo y mantienen el entusiasmo. La versión más actualizada de la persuasión se ha ajustado a las críticas ecológicas del calentamiento global, los desequilibrios climáticos, la contaminación y la destrucción de la biodiversidad. Hay un nuevo concepto persuasivo: el desarrollo sustentable.

El capitalismo verde eco-eficiente mantiene movilizados el capital y el trabajo. La solución está en la tecnología y el mercado. En el mercado está la salvación de la naturaleza. Preservar trae beneficios económicos. La sociedad sigue creyendo que el capitalismo es sustentable. La sociedad sigue movilizada... consumiendo.

El neoliberalismo es la nueva razón del mundo¹. “La economía es el método. El objetivo es cambiar el alma” (Margaret Thatcher). El deseo es la finalidad. Las crisis económicas no son crisis del pensamiento neoliberal, sino oportunidades del capital para consolidar su poder de persuasión. El sistema no funciona sin la adhesión de individuos, que asumen su racionalidad. El neoliberalismo es un dispositivo que crea sujetos neoliberales, adaptados a la lógica de la competitividad. Esta racionalidad transforma las sociedades y extiende su sistema normativo a todas las relaciones sociales.

La economía se convierte en disciplina personal, orienta el comportamiento, así como las políticas universales. Esta competencia obliga al sujeto a adaptarse a ella para “ganar”. De esa manera, hace una empresa de sí mismo. El triunfo neoliberal consiste en conquistar el corazón de las personas, creando un *sujeto neoliberal*, un *neo-sujeto*, lo cual no requiere adherirse a una doctrina. “El capital se convierte en un ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, arruina a la sociedad y transforma al hombre en esclavo”².

El “neo-sujeto” se produce en el interior de un proceso de constitución social. Las corporaciones no solo producen mercancías, sino también subjetividades,

-
1. P. Dardot y C. Laval, *A Nova Razão do Mundo. Ensaio Sobre a Sociedade Neoliberal* (São Paulo, 2016).
 2. Francisco, *I Encontro dos movimentos populares* (Vaticano, 2014).

necesidades, relaciones sociales y comportamientos. Generan reproductores del sistema.

No hay poder sin cultura. La enfermedad del siglo XXI es neuronal, del alma. En el *ethos* neoliberal, no hay espacio para perdedores. Las ganancias propiciadas por la valorización de la riqueza financiera sostienen el consumo de los ricos, al mismo tiempo que aprisionan a las víctimas de la creciente desigualdad en los circuitos del crédito. Dependientes de la obsesión consumista, y amenazados por el desempleo, están obligados a competir por la supervivencia. El sujeto neoliberal está despolitizado. El pequeño fascista se desliza hacia el alma de cada individuo³.

3. La sociedad-mercado llevada al extremo

Se instaura una nueva tiranía invisible que impone de forma implacable sus leyes. Los intereses del mercado divinizado se transforman en regla absoluta (EG 54).

Los mercados son intereses agregados del complejo financiero-empresarial, que ejercen el poder de hecho sobre la sociedad, los gobiernos y las instituciones. La mercantilización de todo ha llegado por fin al extremo. La sociedad-mercado es avarienta en extremo. “¿Quién gobierna? El dinero. ¿Cómo gobierna? Con el látigo del miedo, la desigualdad, la violencia económica, social, cultural y militar que genera siempre más violencia en una espiral descendente que parece no acabar nunca”⁴. La maximización de un objetivo anula otros objetivos.

Hemos tenido que llegar al siglo XXI para descubrir que el capitalismo es un modelo de civilización disfrazado de sistema económico. Junto con el mercado, surgió un nuevo orden, una cultura, una lógica y una estructura de poder. Lo económico, lo político y lo cultural se superponen y se invierten recíprocamente para operar en todos los registros de la vida.

El capitalismo es global y organiza el funcionamiento a largo plazo de todo el orden económico, cultural y político. *El capitalismo se ha convertido en un fenómeno natural*. Ha sido naturalizado. Controla sectores cruciales de la civilización —el tecnológico, el sistema financiero, los recursos naturales, la información, los medios, el poder militar y la política. La crisis ha iniciado una transición hacia un capitalismo aún más implacable.

3. B. C. Han, *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas formas de poder* (Barcelona, 2014).

4. Francisco, *III Encuentro Mundial dos movimientos populares* (Vaticano, 2016).

4. El capital financiero-empresarial controla el poder político

La disputa política cambió de lugar. El documento *Oeconomicae et pecuniariae quaestiones: consideraciones para un discernimiento ético sobre algunos aspectos del actual sistema económico-financiero*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe y del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, lamenta la impotencia del poder político ante los intereses financieros.

Las corporaciones clasificadas como “sistémicamente importantes” son instituciones cuya quiebra causaría trastornos significativos. Cada corporación es un universo extremadamente complejo. Entre las corporaciones financieras clasificadas en el Systemically Important Financial Institutions (SIFI), veintinueve trabajan con un capital promedio del orden de los 1.82 billones de dólares para los bancos y los 61 billones de dólares para las aseguradoras. Mientras que Naciones Unidas dispone de 40 mil millones de dólares para todas sus actividades anuales.

Varios billones de dólares están en manos de grupos privados, que actúan en todo el planeta. El poder global real está, en gran parte, en manos de estos gigantes que nadie eligió y que casi nadie controla. En conjunto, manejan alrededor de 50 billones de dólares, equivalentes a la totalidad de la deuda pública del planeta. Estas corporaciones controlan miles de empresas, en decenas de países y centenares de sectores de la actividad económica. Son galaxias sin acompañamiento.

El poder de las empresas y las elites económicas se deriva tanto de su dominio ideológico, que neutraliza las ideas contrarias a sus intereses, como de su poder económico, esto es, de su capacidad para aumentar o reducir la inversión, para crear o eliminar empleos.

De esa manera, hemos entrado en *otra fase histórica* en América Latina. El campo de la disputa política es más complejo. Los votos son necesarios, pero también el poder económico, legislativo y judicial.

Ser *progresista ya no significa ser de izquierda*. Varios países latinoamericanos han sido gobernados por políticos que se dicen de izquierda, un ciclo denominado “ola progresista”. Sin embargo, los gobiernos progresistas pueden ser funcionales para la reproducción del capitalismo neoliberal. Los gobiernos progresistas fueron elegidos con discursos contrarios al neoliberalismo, pero pronto desisten de atacar la raíz de los problemas y practican la política convencional: alianzas con la derecha, los poderosos y los sectores conservadores. Propusieron “un mejoramiento” sin cambios estructurales.

Hubo continuidad en la profundización de la desigualdad y la dependencia. Y no avanzaron en los cambios estructurales. No hubo ruptura con el neoliberalismo. La ola progresista sirvió para describir una alternativa política, en la cual

las figuras progresistas asumieron los gobiernos. No hubo una conversión del movimiento conservador. Los países siguen dependiendo de las exportaciones primarias y de Estados Unidos, China y la Unión Europea. Los grandes empresarios mantienen sus negocios y continúan ganando dinero como nunca antes.

Asimismo, es un tiempo que se caracteriza por el mito del crecimiento económico. Un crecimiento basado en la exportación, fundamentada en la explotación del medio ambiente y en la explotación del trabajo. De acuerdo con este mito, el consumo es la solución de los problemas sociales.

Izquierda y progresismo son cosas diferentes. Los gobiernos progresistas justificaron el proceso de extracción de recursos naturales como una necesidad para el progreso, a pesar del impacto ambiental. El progresismo cree que la pobreza se resuelve por el consumismo.

Las áreas naturales se perdieron, los territorios indígenas fueron invadidos, los suelos y las aguas fueron contaminados. No se han solucionado los problemas de la pobreza. El progresismo no profundizó la democracia, no hizo la reforma agraria, ni la reforma fiscal. No democratizó los medios de comunicación y no amenazó al sistema financiero.

La elite tiene una agenda y varias organizaciones: el parlamento, los medios, los ámbitos judiciales y la policía. Tiene un método: el desempleo y la represión para disciplinar a los insubordinados. La elite tiene valores: los del neoliberalismo, esto es, la competencia, el individualismo, el consumo y la meritocracia.

Ser de izquierda es construir una política que no solo sea diferente, sino contraria a la practicada por los sectores conservadores. Es necesario subordinar la riqueza y el trabajo a los anhelos y las necesidades del conjunto de la población, y no utilizarlos para pagar intereses a los banqueros. ¿Cómo liberar a la izquierda de la lámpara mágica del progresismo, del desarrollo y del reformismo conservador?

El neoliberalismo redujo el espacio político de los países. Las corporaciones financieras tienen autoridad para recompensar o castigar las políticas económicas de los países, dada su capacidad para mover sus plantas o sus recursos de un país a otro. Cuando perciben que las normas perjudican el “ambiente favorable” para sus operaciones, las abandonan, aun cuando estén orientadas al bien público.

El capital privado se ha apoderado del poder político, lo cual se traduce en una influencia desproporcionada respecto a otros actores sociales. La elaboración de la ley (poder legislativo), su interpretación y aplicación (poder judicial) y la ejecución de las políticas públicas (poder ejecutivo) están orientadas a favorecer la acumulación de capital.

Las empresas influyen las decisiones políticas mediante la apropiación de la cultura y la ideología. Los actores económicos, a través de los medios de

comunicación, la publicidad, el conocimiento “científico” y otros mecanismos, diseminan visiones y valores, que determinan la manera de actuar, consumir y pensar. Las grandes empresas alimentan aquellas ideologías que favorecen sus intereses. Así, colaboran con ciertas clases políticas, atacan a un gobierno para deslegitimarlo o apoyan actividades que subvierten el juego democrático, como el golpe de Estado.

Las empresas utilizan su poder para adueñarse de una parte desproporcionada de la riqueza social. La seguridad social, la salud, la educación y el saneamiento se transforman así en los objetivos de los mercados financieros para acumular. De esa manera, se crea el sentimiento de “impotencia institucional”. Los ciudadanos experimentan que no hay una instancia a la cual recurrir, ya que las instituciones políticas no los representan. Además, se impuso una estructura de la impunidad: los actores económicos operan sin limitaciones sociales o ambientales. Los pueblos temen las tiranías de los estados controlados por las democracias privatizadas. Por eso, el control del Estado es condición para mantener la dictadura del dinero.

Estamos así ante “La sumisión de la política a las finanzas. Hay demasiados intereses particulares. El interés económico prevalece sobre el bien común” (*LS 54*). El poder está vinculado al sistema financiero (*LS 57*), que ahoga la economía real de los países latinoamericanos (*LS 109*). Los neoliberales miran la humanidad, el planeta y, en concreto, el continente latinoamericano como un gran mercado conformado por individuos identificados como consumidores, que calculan ganancias en todo lo que hacen.

De esta manera, surge lo que podemos llamar un neo-Estado. El Estado neoliberal mantiene la seguridad, garantiza el control social y crea condiciones para las operaciones del capital. Este, sin embargo, no tiene ninguna función social. En la agenda del Estado neoliberal, no caben las reivindicaciones de la justicia, de los derechos sociales o de la legislación laboral. Su agenda la define el mercado. El parasitismo del capital financiero suprime las partidas presupuestarias destinadas a financiar las áreas sociales —la jubilación, la salud, la educación, la vivienda, etc. No debe extrañar, entonces, que el capitalismo exhiba las marcas de la destrucción. La violencia se ha institucionalizado para que el mercado pueda saquear los pueblos. Esta fase del capitalismo desprecia los intereses de los diversos sectores sociales.

El capitalismo extremo proporciona el contexto donde los actores sociales —las empresas, los bancos, los fondos de inversión— interactúan entre sí, con el Estado y con los organismos internacionales —unas instituciones que debieran representar la soberanía popular. En esa desigual disputa, el interés general no tiene lugar en el sistema de representación política.

El capitalismo introdujo la privatización de la democracia. De ahí que sea incompatible con ella. Desde sus orígenes, dividió la sociedad entre los propietarios del capital y el resto. Los dueños del capital no están dispuestos a renunciar a su poder en favor del pueblo. Las instituciones están organizadas en función de sus intereses. ¿Qué se puede esperar de ellas? La política es rehén del capital. El pueblo es un coadyuvante inconveniente y desechable. La política pertenece al capital. En esta “dictadura sutil” (papa Francisco), no hay futuro. Los millonarios, los terratenientes, los empresarios, los banqueros y los cabilderos se han apropiado de los poderes de la república. Este régimen plutócrata y autoritario se oculta bajo la máscara de la legalidad democrática.

5. La desigualdad extrema

La característica central del capitalismo es la concentración de la riqueza. La distancia entre ricos y pobres está llegando a nuevos extremos. Ocho hombres tienen la misma riqueza que 3,600 millones de personas. Si la situación mundial es preocupante, la de América Latina es particularmente crítica, en términos de la distribución de la riqueza.

Durante doce años, entre 2002 y 2014, América Latina redujo la pobreza. Pero esta volvió a crecer, a partir de 2015. Según el *Panorama social de América Latina, 2017*, de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), la pobreza pasó del 45.9 por ciento, en 2002, al 28.5 por ciento, en 2014. Pero tres años más tarde, en 2017, alcanzó el 30.7 por ciento de la población latinoamericana. En este año, había 187 millones de pobres y 62 millones en extrema pobreza. Brasil tenía 52.2 millones de pobres. En el otro extremo, el 8 por ciento más rico acapara el 87 por ciento de la riqueza.

El proceso de acumulación del capital ha crecido velozmente. El capitalismo, dado su individualismo, es, necesariamente, desigual. “La desigualdad de la riqueza y de la renta es una característica esencial de la economía de mercado” (L. V. Mises). Por tanto, si se elimina la desigualdad, se destruye el capitalismo.

Los ricos se valen de la tecnología para trascender la condición humana y para protegerse del cambio climático, de los flujos migratorios, de las epidemias globales y de los fascismos. Necesitan vigilantes armados para protegerse de la ira de los pobres. No están interesados en construir un futuro mejor para la humanidad. Así, los avances de la tecnología genética y la inteligencia artificial están transformando la desigualdad económica en desigualdad biológica. Los ricos pueden llegar a ser mejores que los demás: más inteligentes y más sanos. El perfeccionamiento humano y el ascenso de la inteligencia artificial pueden llegar a separar a la humanidad en una pequeña clase de seres súper-humanos y una gigantesca subclase de personas “inútiles”.

6. La explotación extrema del trabajo

La explotación del trabajo es uno de los pilares del sistema y, en consecuencia, una de las causas principales de la desigualdad. El sistema ha operado una desorganización feroz de las relaciones laborales. Los altos niveles de desempleo y la explotación de la precariedad ponen en evidencia el carácter más salvaje del sistema. “El desempleo, la informalidad y la falta de derechos laborales resultan de una previa opción social, de un sistema económico que coloca los beneficios por encima del hombre”⁵.

Las relaciones laborales han pasado de un régimen de explotación a otro de expropiación. En el primero, el trabajador labora más allá de las condiciones mínimas de la remuneración y la protección. Tiene derechos, pero estos no son respetados. En cambio, el régimen de expropiación preserva la explotación y revoca los derechos del trabajador. La realidad de los trabajadores es trágica: desempleo, precarización y reducción de los derechos. Así, millones de personas trabajan en condiciones degradantes y sin protección social, a cambio de una remuneración indecente.

Deprimido, acosado y enfermo, el trabajador es explotado sin contrapartida para que la renta del capital crezca ilimitadamente. La ascensión meteórica del uno por el otro está relacionada con la explotación del trabajo. En realidad, se trata de una catástrofe civilizatoria. Los ricos actúan conscientemente. La barbarie social que generan no les preocupa. Nunca tantos trabajadores estuvieron sin protección social, en condiciones laborales degradantes. Trabajar no significa salir de la pobreza. De ahí que hayamos regresado al siglo XIX.

7. La corrupción

Quien vive en la riqueza no ve al ser humano en el pobre y ya no sabe dónde están los límites. Fue lo que sucedió con el rico de la parábola (Lc 16,19-29). El rico sabía que el pobre estaba allí. Sabía hasta su nombre. Pero había llegado al punto sin retorno. Su pecado se transformó en corrupción. Era un corrupto. Sabía de las miserias, pero vivía feliz (Francisco, Homilía en Santa Marta, 16 de marzo de 2017).

“La corrupción abre las puertas a todo tipo de delitos. ¡La sociedad corrupta huele!”⁶. La imposición del Estado mínimo apunta a un aspecto central del capitalismo: la corrupción regulada. En la década de 1990, surgió la narrativa que afirma que la causa del atraso de los países pobres es la corrupción política. Esta afirmación hace un sinsentido del debate sobre la desigualdad. Entonces, el análisis de la estructura sociopolítica es sustituido por la lectura moralista. De

5. Francisco, *I Encuentro*, o. c.

6. Francisco, *Visita pastoral a Nápoles*, 21 de marzo de 2015.

esa manera, se impuso “la jerarquía moral” del mercado para justificar la privatización de los bienes públicos.

Los banqueros y los mega-empresarios colonizan los partidos, compran acuerdos en el sistema judicial y dirigen los medios de comunicación social para asegurar el saqueo de la riqueza de las naciones. Los gigantes planetarios transforman su poder financiero en poder político mediante la corrupción. Así, pues, el poder financiero se mueve en el espacio planetario. En este contexto, los paraísos fiscales son clave, ya que, al estar fuera de las jurisdicciones y obligaciones fiscales, ocultan el origen del dinero. Casi todas las actividades de los gigantes corporativos pasan por los paraísos fiscales, con lo cual entran en la zona del secreto de un mundo sin reglas. El peso político de los gigantes financieros bloquea eficazmente los intentos de los gobiernos para regular sus operaciones.

Los trabajos de la Tax Justice Network proporcionan una idea del saqueo. Los paraísos fiscales manejan alrededor de 32 billones de dólares, mientras que, en 2013, el producto interno bruto mundial asciende a 73 billones de dólares. La oscuridad posibilita la corrupción, a través de una red de transacciones a nivel mundial. Los paraísos fiscales perjudican a las sociedades donde se generó el dinero.

Además, una investigación del Centro de la Resiliencia de Estocolmo muestra cómo dañan el medio ambiente⁷. Buena parte del dinero escondido en los paraísos fiscales financia la deforestación amazónica. La inversión extranjera en la ganadería y el cultivo de la soya en la Amazonía proviene de paraísos fiscales.

Estamos ante una corrupción enraizada en el sistema y vinculada al poder internacional y nacional. La corrupción es un fenómeno intrínseco a los sistemas centrados en la acumulación de la riqueza.

Existe corrupción en la política, existe corrupción en las empresas, existe corrupción en los medios de comunicación, existe corrupción en las iglesias y existe corrupción en las organizaciones populares. Hay una corrupción radicada en algunos ámbitos de la vida económica, en particular en la actividad financiera, que es menos noticia que la corrupción directamente ligada al ámbito político... La corrupción sostiene este sistema inicuo⁸.

La corrupción prospera cuando el poder se concentra. Entonces, se convierte en la estrategia de los poderosos para conseguir más poder del que ya tienen. La corrupción es funcional. La concentración de la riqueza siempre está acompañada de la corrupción.

7. M. Á. Criado, “Los paraísos fiscales perjudican al medio ambiente”, *El País*, 13 de agosto de 2018.

8. Francisco, *III Encuentro mundial*, o. c.

8. La apropiación del sistema jurídico

“La peor dictadura es la del poder judicial. En contra de ella no hay a quién recurrir” (Rui Barbosa). La dictadura del dinero necesita la dictadura judicial, una pieza clave del neoliberalismo.

La justicia es una mera convención. Quien tiene el poder impone las leyes. Por eso, el sistema es injusto desde su raíz (*EG 59*). En el derecho se destaca la separación entre el pueblo y el Estado. Es un derecho corrompido desde la raíz. Las prácticas jurídicas confirman el elitismo del poder judicial, una superestructura que legitima el sistema.

La ley es aplicada por unos magistrados que se consideran parte de una elite superior. El poder judicial es el instrumento para concentrar la riqueza y absolver la corrupción de los poderosos. No es una patología. Así es el sistema. De ahí que el control del poder económico depende del control del derecho. Derecho y política son dos dimensiones de un mismo proceso de dominación.

La presencia de los intereses privados en el derecho alcanzó niveles extremos. El poder de las corporaciones se ha constituido en un universo articulado. La corrupción genera su propia legalidad, que pasa por la apropiación de la justicia para corromperla. El control del derecho es un instrumento imprescindible para la consolidación del capitalismo de extremo. De hecho, la invasión de los intereses privados en la esfera de la justicia no es nueva. Lo novedoso es su profundidad y su organización. Los acuerdos por los cuales las corporaciones pagan abultadas multas se han multiplicado, pero los administradores nunca son criminalizados.

Las corporaciones cuentan con su propio aparato jurídico, como el International Centre for the Settlement of Investment Disputes, el cual tiene poder para procesar al país que imponga reglas desfavorables para la acumulación de capital. Por eso, la dimensión jurídica es un elemento fundamental de los tratados de libre comercio. Las empresas reelaboran el derecho en función de sus intereses. Impera la prioridad del derecho comercial sobre el derecho laboral y ambientalista. La parcialidad es notable. El sistema inviabiliza el control jurídico de la criminalidad practicada por el uno por ciento de la población.

De esa manera, el derecho se convierte en un instrumento del poder. El *modus operandi* de ese poder explica claramente cómo se mantiene el sistema. El derecho liberal busca garantizar el derecho de propiedad, la libre competencia y la autodeterminación del mercado. El derecho “ordenó” la explotación del trabajo desde la perspectiva de la lógica contractual de las partes —la esclavitud, la concentración de la riqueza, las guerras e incluso las dictaduras.

El derecho siempre ha operado como instrumento de poder y dominación, a través del lenguaje y de una dinámica particular, que refleja el poder político

de una sociedad. El golpe de Estado brasileño de 2016 fue legal. El Tribunal Supremo Federal lo ratificó. La elite jurídica se caracteriza por protagonizar la historia política de las naciones. El ordenamiento jurídico de Brasil jamás se preocupó por consolidar un Estado de derecho, sino por la consolidación de la lógica de poder de las elites.

Estamos, pues, ante un Estado de no-derecho, de una institución concentrada en manos de un grupo, que produce y aplica la norma jurídica. En cuanto poder del Estado, el derecho siempre ha sido inmune a cualquier control democrático. No está sujeto a la democracia.

Es el derecho de la derecha. La exclusión social indica que el derecho está al servicio de un orden socioeconómico incuestionable. Cuando defiende la lógica del mercado, el derecho afirma que solo deben combatirse las exageraciones, ya que todo lo demás lo deja en manos de la pretendida autorregulación. Un ejemplo de ello es la abstención del poder judicial brasileño durante los procesos de privatización. Únicamente impidió la dilapidación del patrimonio público en unas pocas ocasiones. La cuadrilla se convierte en cárcel y la explotación en abuso del poder económico. El derecho asegura socialmente las operaciones nefastas. La elite del dinero no solo legitima su actividad, sino que también crea “un orden legal”, que le permite actuar impunemente.

Esta dimensión del poder es central para comprender lo que ha ocurrido con los liderazgos de la izquierda latinoamericana —Lula y Dilma en Brasil, Correa en Ecuador, Cristina en Argentina. El derecho es de derecha. Criminaliza la política para ocultar las desigualdades sociales. El derecho y el poder judicial no son instituciones para perseguir la corrupción, sino para combatir un modelo de Estado que intenta implementar políticas sociales. El mayor enemigo del pueblo nunca ha sido la corrupción, sino la desigualdad.

Estamos ante una nueva realidad. Entender este mundo de gigantes es vital, porque ellos constituyen en la actualidad la estructura global más poderosa. La facturación de 14 billones de dólares de la empresa *Black Rock*, en 2015, casi equivalente al producto interno bruto de Estados Unidos, nos obliga a reajustar nuestros conceptos. ¿Qué cambia cuando las corporaciones son más gigantescas que Estados Unidos? La nueva configuración geopolítica y geoeconómica pasa por los mecanismos de funcionamiento de estos gigantes corporativos. Gigantes descontrolados que nos controlan. La plusvalía se extrae a través de mecanismos globales, por encima del poder regulador de los estados.

Cabe mencionar aquí documentales como *The Corporation e Inside Job*, y *El capital del siglo XXI*, de Thomas Piketty. En la actualidad, existe un gigantismo burocrático sin el control mínimo permitido por la democracia. La población solo ve la punta, la tarjeta de crédito o el producto. Los gestores, en la cima de la pirámide, responsables de miles de empresas, que desarrollan diversas activi-

dades, en diferentes países, reducen sus objetivos a un único criterio: el resultado financiero. La relación de fuerza entre el ingeniero de *Samarco*, que sugiere reforzar la represa, y la rentabilidad de *Billiton*, *Vale*, *Valepar* y *Bradesco*, es diferente. ¿Qué sabe de *Samarco* el gestor de *Billiton* en Australia, un gigante que controla innumerables mineras en el mundo? En las corporaciones, manda el departamento financiero, apoyado por el departamento jurídico. El derecho y la justicia quedan en suspenso. Ese monstruo financiero controla los espacios de la justicia, en teoría, el último bastión que protege la igualdad ante la ley.

9. El Estado de excepción extrema impuesto a los pobres

Coexisten dos estados paralelos. Un Estado jurídico formal, vigente en las regiones habitadas por aquellos que se encuentran dentro del mercado, y otro Estado de excepción, que predomina en las periferias, habitadas por los explotados y los descartados. La criminalización de la pobreza refuerza el estigma que autoriza tratar a estos últimos como individuos sin derechos. El Estado tiene carta blanca para poner en práctica la brutalidad, la tortura y la pena de muerte. La cultura del descarte es real.

La pertenencia a la sociedad es afectada por esta realidad. Ya no se está abajo o en la periferia, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados”, porque son residuos o “sobras”. La criminalización de los pobres es herencia histórica de la división social latinoamericana. Si la víctima es culpable, la justicia llega a un estado terminal. En los rincones más alejados de las periferias, los pobres negros y los activistas sociales son víctimas de la violencia policial. Comunistas, feministas, terroristas, izquierdistas y alborotadores son blancos prioritarios del Estado policial.

Estamos en una nueva fase de la guerra contra los pobres. El capitalismo ha normalizado la vida humana como vida productiva. Por tanto, las vidas improductivas son desechables e inútiles. La normativa se orienta así a disciplinar a los individuos como recurso económico y a neutralizar a los que no se dejan disciplinar. Si por alguna circunstancia, una persona o un grupo representan una amenaza, hipotética o real, experimentarán la suspensión de sus derechos.

La particularidad de la excepción jurídica reside en su versatilidad como técnica para gobernar poblaciones peligrosas. El derecho utiliza la excepción jurídica para controlar a los grupos peligrosos. Los criterios para identificar quién es peligroso y por qué lo es son establecidos por el poder soberano. La excepción conduce a la eliminación, y así, la vida se convierte en vida bandida.

Las vidas descartadas son vulnerables. Los descartados viven bajo constante amenaza. Sobre ellos, se abate una situación que los condena a sobrevivir indignantemente: el hambre, el desempleo, la falta de vivienda y de acceso a la salud, el trabajo esclavo y la muerte lenta y cruel.

Los descartados viven en permanente estado de excepción, son invisibles para el derecho. No existe un acto soberano del derecho que suspenda los derechos de los descartados, porque su condición es el no-derecho. El derecho no se considera responsable de la condición de los pobres. Está más allá del propio derecho, abarca la economía política. El recorte de la inversión en salud, educación, vivienda y salario, las catástrofes climáticas, el crimen organizado y la corrupción de las corporaciones lesionan mortalmente los derechos fundamentales de quienes no pueden pagar.

La reacción contra esta situación es la violencia.

Se acusa de la violencia a los pobres y a las poblaciones más pobres. Cuando la sociedad —local, nacional o mundial— abandona en la periferia una parte de sí misma, no hay programas políticos, ni fuerzas del orden o servicios secretos que puedan garantizar indefinidamente la tranquilidad. Esto sucede porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. Es el mal cristalizado en las estructuras sociales injustas, a partir del cual no podemos esperar un futuro mejor (*EG 59*).

10. El factor China

China se ha presentado, en prácticamente todas las regiones del globo, con grandes proyectos de energía, transporte y comunicaciones. Las inversiones chinas son mayoritarias en los principales proyectos de integración infraestructural de América del Sur. Estas inversiones consisten, en lo fundamental, en la adquisición de empresas y en la construcción de grandes obras de infraestructura.

Casi todas las inversiones buscan aumentar la eficiencia del transporte de materias primas a China —represas Néstor Kirchner y Jorge Capernic, en el río Santa Cruz (Argentina); participación en la subasta de la explotación de la reserva de petróleo debajo de la capa salina del fondo marino (Brasil); el metro de Quito (Ecuador); el puerto de Surinam; la carretera y el ferrocarril que conecta Paramaribo y Manaus (Brasil); la expansión del puerto de Palúa (Venezuela); el desarrollo del pueblo de Desierto (Chile); la expansión del puerto San Antonio (Argentina); el Ferrocarril Bioceánico, entre Brasil y Perú; y el canal de Nicaragua. Todos estos proyectos están financiados por bancos e instituciones financieras como el *Banco de Desarrollo de China*, el *Banco de la Construcción de China* y el *EximBank* chino.

China forma parte del *Banco Interamericano de Desarrollo* (BID) y es observadora en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac). En enero de 2015, se aprobó el *Plan de cooperación Celac-China (2015-2019)*, en Pekín, en la I Reunión Ministerial del Foro Celac-China. Los principales objetivos de ese plan consisten en crear un comercio bilateral de quinientos mil millones de dólares e

inversiones chinas directas en la región por doscientos cincuenta mil millones de dólares para 2025.

¿Qué entendemos por “China”? A la mayoría de la población china la atterraza la posibilidad de enfermarse, porque una hospitalización de más de una semana acaba con sus economías. Las condiciones laborales ya son conocidas. Desde la perspectiva del Estado social, ¿tiene China aún relación con la palabra “socialismo”? En América Latina, ¿está relacionada la estrategia china con las luchas de los pobres y la justicia social? ¿Cuál es la diferencia entre el *Fondo Monetario Internacional* o el *Banco Mundial*, y el *Banco Asiático*?

Veamos algunos indicadores. El gasto militar mundial ascendía a 1,739 millones de dólares en 2017. Los países que más han invertido en armamento, en valores absolutos, son Estados Unidos, China, Arabia Saudita, India y Rusia. Aunque esta última disminuyó su gasto militar en 2017, el de Estados Unidos registra un aumento de 610,000 millones de dólares. China gastó 228,000 millones de dólares. De esa manera, la participación china en el gasto militar mundial aumenta, al pasar del 5.8 por ciento, en 2008, al 13 por ciento, en 2017.

El establecimiento de una base militar en la Patagonia, en 2018, ilustra el proyecto de China en América Latina. La antena de la base, que se levanta desde el suelo del desierto, es tan alta como un edificio de dieciséis pisos. Su enorme plato, construido por el ejército chino, es la atracción principal de una estación para controlar satélites y misiones espaciales.

El proyecto chino para América Latina es de gran envergadura. En efecto, China ha ampliado considerablemente la actividad comercial, ha rescatado a varios gobiernos, ha construido infraestructuras enormes, ha fortalecido los lazos militares y ha asegurado el acceso a inmensas cantidades de recursos. De esa manera, ha enlazado su destino con el de varios países latinoamericanos, y viceversa.

En el primer documento político, fechado en 2008, Pekín afirma que las naciones latinoamericanas estaban “en un nivel de desarrollo similar” al de China. En consecuencia, ambas partes tendrían mucho que ganar de unas relaciones estrechas. Los líderes latinoamericanos aceptaron el planteamiento chino. Los presidentes progresistas de Brasil, Argentina, Venezuela, Ecuador, Uruguay y Bolivia querían una región más independiente de Estados Unidos. La invitación de Pekín llegó en el momento más difícil de la crisis financiera.

De esa manera, en 2017, el comercio entre China y América Latina y el Caribe alcanzó los 244,000 millones de dólares, más del doble del de la década anterior. Desde 2015, China es el principal socio comercial de América del Sur. A mediano y a largo plazo, China superará la influencia de Estados Unidos en América Latina.

11. ¿Cómo salir del capitalismo extremo?

¿Es el capitalismo un horizonte insuperable? Las normas impuestas por los grupos de plutócratas fracasaron en reducir “el riesgo” de un colapso general. De hecho, lo agravaron. En un sentido político general, esa regulación resultó insostenible, tanto socialmente, para las clases trabajadoras de todas las regiones del mundo, como políticamente, para los pueblos, las naciones y los estados de la periferia.

El nuevo capitalismo plutocrático de los oligopolios financiados es el enemigo de la democracia, ya que la ha dejado sin contenido sustancial. La dictadura del capital financiero ha provocado innumerables conflictos en los pueblos del sur. La oposición de estos tiende a crecer más rápido que la oposición de los pueblos de los países ricos. Por tanto, previsiblemente, las primeras tempestades surgirán en el sur.

Unos pocos estados tienen capacidad para destruir a toda la humanidad. Un poder que justifican como necesario para preservar su “seguridad” y para “defenderse”, en sus enfrentamientos reales o potenciales. Mientras los estados, y su necesaria rivalidad, sobreviven, la abrumadora mayoría de la humanidad permanece impotente. Nada puede ser más absurdo que esta situación.

El desafío global, que requiere una respuesta inmediata, consiste en revertir el rumbo insostenible de la sociedad global. Es urgente abandonar “la enfermedad del crecimiento”. Mientras el planeta agoniza, una cortina de humo oculta las obligaciones de las grandes corporaciones económicas y financieras. La política resulta ser así el arte del engaño, del cinismo y de la hipocresía. Las revueltas y manifestaciones carecen de un proyecto alternativo claro. En realidad, esta es una característica de la horizontalidad de esos movimientos, que luchan en diferentes frentes. La creación de un proyecto alternativo es una tarea extremadamente ardua, mientras se lleva a cabo una reorganización estratégica que lo formule y lo impulse. Cabe preguntarse, entonces, si la protesta y la resistencia son suficientes desde la perspectiva estratégica.